

Vida y Pensamiento de José Joaquín Vargas Valdés

SI la reciente guerra mundial ha acarreado numerosos trastornos a la economía, la política y la vida diaria de los países americanos, también ha motivado algunos cambios saludables en nuestro continente. El peligro de ver invadido nuestro territorio nos ha obligado a reconocer nuestros comunes intereses y la necesidad de un mayor acercamiento entre nuestros pueblos. Nos hemos dado cuenta de que vivíamos en casi completo aislamiento unos de otros. Bajo la imperiosa necesidad de la defensa mutua hemos comenzado a conocernos, a estudiarnos, a buscar bases sólidas de amistad, de entendimiento, de ayuda mutua. Un resultado positivo del peligro ya pasado es el reconocimiento de que sí existen poderosas razones para establecer duradera amistad y firme cooperación entre nuestros países.

Mucho han hecho los intelectuales del continente por afianzar y fortalecer los lazos de la fraternidad interamericana. Hoy se lee y se estudia en cada nación el pensamiento y la literatura de las otras naciones y se hace cada vez más patente la asombrosa unidad espiritual que existe entre ellas. Es un nuevo y grato descubrimiento de América, esta vez por los americanos mismos. Es notable también el esfuerzo por estudiar y aquilatar la obra literaria e intelectual de nuestro pasado. Vuelven a adquirir actualidad, por ejemplo, las obras de Bello, de Sarmiento o de Sor Juana. Otros grandes patriotas, pensadores y escritores de mérito van saliendo del olvido a que los teníamos relegados y su obra pasa a ocupar el lugar histórico que le corresponde. Quitar el polvo del injusto olvido a la figura de uno de nuestros más denodados y puros campeones de la demo-

cracia y de los pensadores más vigorosos y originales, y presentar su cuantiosa obra inédita al estudio y al juicio de la generación actual es la intención de éste y otros estudios.

* * *

Fué el doctor José Joaquín Vargas Valdés un auténtico *pioneer* de la democracia y del pensamiento colombianos. Nació en ese período caótico que precedió a la muerte del Libertador Simón Bolívar, en 1830. Murió en vísperas de la última y terrible guerra civil, la de 1899. Le tocó vivir, pues, durante el largo y tormentoso período de ensayo e implantación de la República en su patria. No fué simple espectador de esa lucha, sino actor decidido en casi todas las luchas y contiendas de la segunda mitad del siglo. Mas no fué un aventurero de la guerra y de la política, como tantos. Iba a la guerra como el que cumple un deber — el deber de defender y de luchar por la incipiente democracia. Del mismo modo participaba en las luchas ideológicas. Sin valerse jamás de los recursos que ofrece la política para alcanzar puestos elevados, fué vigoroso y denodado representante del pueblo en asambleas y congresos; se le llamó a ocupar distintos cargos en gobiernos regionales y nacionales; se distinguió como magistrado. Fundó varios periódicos independientes y estimuló la prensa cuanto pudo, en el convencimiento de que sin prensa libre no es posible implantar y sostener verdaderas instituciones democráticas. Con igual intención, agotó sus energías en desarrollar la instrucción pública, y muy particularmente la primaria. Luchó por ella como profesor, rector de colegios y director de instrucción pública del Departamento de Boyacá, desde los periódicos y en asambleas y congresos. En los últimos cinco años de su vida dirigió, como jefe único, los destinos del partido liberal en el mismo Departamento. Por su actuación patriótica, distinguida y desinteresada, merece el recuerdo y el estudio de las generaciones venideras. Y hay que advertir esto: el doctor Vargas Valdés no alcanzó toda la gloria y fama a que se había hecho acreedor simplemente porque no quiso, porque a su gloria y medro personales antepuso siempre una conducta personal intachable, un raro desprendimiento republicano que le llevó a alejarse, no sin un fin moral, de los círculos políticos donde se reparte el botín de la victoria, y aun a impedir muchas veces que se lanzara su candidatura para puestos de importancia. La serie de sus renunciaciones de

puestos a que no estaba obligado a dimitir, ridícula sin duda a los ojos del medrador político, tiene un elevado valor moral. Por su alta conducta moral, más que ciudadano de su época, podría ser un modelo del ciudadano del porvenir.

Más interesante para nosotros es su vida interior, el desarrollo de su personalidad, de su pensamiento, de su filosofía de la vida. En este campo su actividad se muestra más intensa y fecunda. Fué un escritor infatigable. Sentía inclinación y necesidad de escribir, de confiar al papel las ideas para fijarlas mejor y darles mayor desarrollo y claridad. Hizo numerosas publicaciones por la prensa: política, historia, geografía, conferencias científicas, traducciones y algunas de sus producciones literarias que, generalmente, iban veladas por el seudónimo y que en varios casos se atribuyeron a distinguidos escritores de la época. Dejó, además, gran acopio de manuscritos que contienen lo más granado de su producción, que no quiso publicar y cuya existencia nadie sospechaba. El conjunto alcanza a unos trescientos títulos, entre trabajos cortos y largos, sobre muy variados temas: literatura, historia, ciencia, ensayos, crítica literaria, filosofía, moral y religión. Es toda su obra inédita como el registro de la vida interior del autor, una obra esencialmente personal, en que se destaca la elevación ética, que le da unidad. Es una literatura de ideas y de sentimientos profundos, que hieren la imaginación y excitan a la reflexión. Gran parte de estos escritos es de actualidad. Publicada, constituirá una obra indispensable para el estudio de la sociología, la historia y la cultura iberoamericanas.

I

VIDA Y CARACTER DE VARGAS VALDES

1. *Niñez y juventud*

El nombre del doctor José Joaquín Vargas Valdés (1830-1899) está íntimamente ligado a la ciudad de Tunja, rival de Bogotá en tiempos de la Colonia y uno de los centros de la política colombiana. Tunjanos de pura cepa española eran sus antepasados y Tunja había de ser el centro natural de sus actividades. Pasó sus primeros años fuera de la ciudad, en pueblos de muy variado clima y ambiente, de modo que llegó a familiarizarse con el múltiple panorama andino

que quedó grabado en su memoria, para ser más tarde trasladado al papel en forma de recuerdos y descripciones de singular encanto, verdad y sencillez. La naturaleza fué su primera y más grata escuela, y del contacto íntimo con ella adquirió el gusto por la soledad y el silencio, en medio de los cuales podía contemplar y reflexionar sobre las maravillas de la creación.

Casi tan grande emoción le produjo el aprender a leer. Un mundo nuevo y fantástico se abrió ante sus ojos atónitos. Desde que logró descifrar la primera cartilla, se convirtió en voraz lector de cuanto libro o papel caía en sus manos.

Sus primeros contactos con el mundo de los hombres comenzaron para él en la escuela lugareña, donde trabó amistad con niños y maestros, a quienes recuerda con interés, aunque no siempre con admiración y aprecio. A los once años, en 1842, lo llevaron sus padres a Tunja, donde lo dejaron interno en el Colegio de Boyacá, el mejor de toda la región. Era ésta su primera separación de la familia. He aquí cómo nos pinta su recepción de colegial:

Había entrado ya al Colegio; vivía del todo en él; había sentido crujir su gran puerta interponiéndose la primera noche entre los míos y yo.

Paréceme una escena de fantasmagoría mi recepción de colegial, que tuvo lugar durante la noche en la sala rectoral, vasta, desamueblada y lóbrega. Una sola luz iluminaba el centro de un gran grupo de estudiantes; distingo aún en el círculo que formaban, las rojas becas sobre las negras hopas de los asistentes, vestidos de prisa para la ceremonia. En las becas resaltaban los brillantes escudos en medio de rosas de cinta, cuyos lazos caían por la parte superior sobre los escudos. Yo vestía un traje igual que me estrenaba. Me abrazaron; el abrazo era parte de la ceremonia. En el abrazo, al asomar la cabeza por sobre el hombro de los más pequeños, mis iguales, y al costado de los grandes, veía fuera del círculo, sobre las paredes, figuras pintadas de mujeres de ondulante ropaje y airosas posturas. Eran las Musas que había figuradas en el antiguo salón, y que hoy ya no existen, o que quizás existan aún bajo el dorado papel, lujo moderno. ¹

Ya desde entonces se nota su reserva, su aislamiento, su amor a la soledad y a la contemplación. Aunque llegó a sentir gran cariño por el colegio y por algunos de sus condiscípulos, nos dice lo siguiente, que ha de ser en él característico:

La humanidad, ni vista en la juventud, esto es, al esplendor del sol dando sobre ella cuando está vestida de gala, me ha hecho dejar del todo mi reserva. Siempre he pertenecido más a mi mundo interior que al de los hombres. Puede notarse mi tendencia al aislamiento aun en medio del bullicio, que veo con tristeza, o con disgusto o con una forzada sonrisa de participación en él. Pero de pronto no estoy ya con el bullicio, aun después de nuestras más cordiales y efusivas muestras de aprecio; él y yo nos hemos abandonado con placer al primer pretexto; él no, que el bullicio sabe perseguir como una cortesana a los que se le alejan.²

Tres años más tarde pasó a Bogotá, a continuar sus estudios de filosofía en el Colegio del Rosario, y dos años después ingresó en el de San Bartolomé a fin de estudiar leyes. Para mediados de 1851 obtuvo el grado de Doctor en Derecho. En estos colegios ya entró de lleno en las actividades políticas estudiantiles, pues por aquel entonces las teorías socialistas venidas de Francia se iban apoderando de la conciencia popular, sedienta de libertad y de justicia. Los ánimos se enardecían ante la prédica de la República ideal proclamada desde todas las tribunas, y la generosa juventud, ansiosa de contribuir al bienestar y progreso de la patria, marchaba a la vanguardia.

En 1849 figuró entre los fundadores y presidente de *El Liceo Granadino*, sociedad literaria estudiantil. *El Liceo* "fué el albor de la famosa *Escuela Republicana*, sociedad de carácter político fundada por un grupo de estudiantes liberales del Colegio de San Bartolomé en 1850", de la cual fué Vargas Valdés uno de los principales animadores iniciales. "Crearon los estudiantes —nos dice él mismo— una Escuela Política, sintiéndose apoyados por el Gobierno, y en ella se estableció la libertad." Después se convirtió ésta en algo así como la Academia Política de toda la juventud del país. Su discurso en la instalación de la sociedad, el 25 de septiembre, aniversario de la célebre conspiración contra la vida de Bolívar, a quien acusaban de querer imponer la monarquía, censuraba dicha conspiración "cuando la moda era elogiarla". En el selecto auditorio que presenció la instalación había varios notables políticos liberales que habían participado en la conspiración. Con este discurso, que tuvo resonancia, dió comienzo Vargas Valdés a una serie de reivindicaciones de la gloria de Bolívar, por entonces muy empalidecida.

De la Escuela Republicana dice Vargas Valdés que "no fué la reguladora de la revolución [político-social], sino la que le abrió

de par en par las puertas". Actuó de modo notable e influyente, y en ella hicieron sus primeras armas jóvenes que luego se distinguieron en la política nacional.

Aunque ardoroso y sincero campeón de las más avanzadas reformas democráticas, Vargas Valdés no se dejó arrastrar al extremo por la corriente en boga, ni aceptó sin digerir cuantas ideas revolucionarias venían del exterior. Abogó por una república pura y libre, patria de todos los hombres de buena voluntad, en que el gobierno diera el ejemplo de honradez, desprendimiento y justicia, en que la representación del pueblo fuera un honor por el cual éste depositaba su confianza en legisladores y gobernantes, y no la simple ocasión del propio beneficio. Luchó entonces y siempre tal vez más dentro de su propio partido por la pureza de los principios y de sus actos que contra la oposición. Cuando los "campeones" liberales de la República se apropiaban las ideas del socialismo francés sin estudiarlas ni adaptarlas a la realidad nacional, fulminaba contra ellos desde las columnas de *La Reforma*, periódico de la Escuela Republicana, o desde las de *El Neogranadino*, principal órgano del partido liberal, con artículos como el titulado "Grandeza prestada, pequeñez propia". "Ya presentía yo —nos dice más tarde— de qué pie cojeaba nuestro decantado espíritu republicano."

Ya desde los tiempos de la Escuela Republicana se definen con toda claridad los dos aspectos generales que caracterizan su existencia: por un lado, participación sincera, desinteresada, valerosa y dinámica en todo lo concerniente al establecimiento, desarrollo y defensa de la república democrática práctica en su patria; por otro, separación de la sociedad, aislamiento, repliegue a su "mundo interior", a la soledad, a la comunión con la naturaleza, para ir dando forma a su personal filosofía, a sus propias creencias.

2. Participación en las guerras civiles

Como actor en las luchas democráticas, no pudo ni quiso sustraerse a participar en la mayor parte de las guerras civiles que azotaron al país durante la segunda mitad del siglo pasado; ya como defensor del gobierno legítimo y de la Constitución, cuando peligraban las reformas alcanzadas por el pueblo; ya como revolucionario, cuando de hecho quedaban desvirtuadas y burladas la Constitución y las instituciones republicanas. El mismo promovió y organizó una re-

volución de carácter local dentro del "Estado soberano de Boyacá", contra la oligarquía que se había apoderado del Gobierno del Estado. El triunfo inicial de la revolución —bajo la Constitución Federal de entonces los Estados tenían el derecho de hacer revoluciones internas, siempre que no traspasaran sus fronteras— quedó anulado luego por la intervención de dos Estados vecinos y del Gobierno Nacional. Su participación en las distintas guerras fué siempre desinteresada y sus miras puras. Luchó con arrojo y expuso su vida en numerosos combates, como particular o como oficial; se le hizo prisionero cuando en una carga de caballería arrolló al enemigo y penetró demasiado en sus filas, hasta donde no se atrevieron a seguirlo sino unos pocos; pero con esta carga de caballería se evitó la inminente derrota del ejército a que pertenecía. La muerte lo acechó muy de cerca: en un combate le mataron el caballo que montaba; en el asalto de una casa, una bala le traspasó el corazón al soldado que estaba a su lado. No desdeñó la plaza de soldado, ni exigió se le asignara puesto de mando, pero alcanzó puestos de distinción. Nunca pidió recompensa por su participación en la victoria; una vez restablecido el orden legal, se retiraba a la vida privada, ausentándose cuanto podía de los círculos en donde se premiaba a los vencedores.

3. *El periodista*

Implantar la República en un medio carente de sólidas tradiciones democráticas requiere sacrificio, consagración, desprendimiento, moralidad altísima de una minoría ilustrada y consciente. Requiere, además, centros y órganos de información, de generosa propaganda republicana y un sistema educacional democrático, a base de la escuela pública primaria. Así lo entendió el doctor Vargas Valdés, pues su vida fué un constante ejemplo de republicanismo desinteresado y dinámico, y sin ser periodista de profesión, se dedicó a crear y estimular una prensa libre e informativa y a incrementar la enseñanza, singularmente la primaria.

Ya dijimos que comenzó a escribir para la prensa siendo todavía estudiante. Muchos discursos suyos se reprodujeron espontáneamente en periódicos de Bogotá. Desde Tunja, más tarde, fué corresponsal de varios periódicos capitalinos. A pesar de lo difícil que era sostener periódicos en las provincias, fundó, sostuvo y, a veces, escribió casi solo, los siguientes:

La Situación, periódico independiente, de altas aspiraciones y muy amplia información para esos tiempos. Alcanzó buen número de subscriptores en todo el Estado de Boyacá y la prensa de Bogotá con frecuencia reproducía sus artículos.

El Repertorio Boyacense, revista mensual; órgano de información y de estímulo para toda labor literaria, histórica y científica del Estado. Elogios de su revista le llegaron hasta de Panamá. Tuvo que suspenderse por falta de recursos. Fué notable y única.

La Divisa y *La Regeneración*, periódicos políticos de corta duración. Nótese el nombre de éste, pues indica que ya desde 1864 el doctor Vargas Valdés abogaba por la reforma constitucional y regeneración nacional, que hubieron de producirse sólo dos décadas más tarde y con resultados muy distintos de los que él predicaba.

La Escuela y el Hogar, en 1881, la primera de esa clase de publicaciones en Tunja.

La Ley, en 1887, primer órgano del Tribunal de Justicia de Boyacá.

En dos ocasiones distintas, en 1866 y desde 1880, cayó en sus manos *El Boyacense*, que, como casi todos los diarios oficiales, estaba "muerto". Logró darle vida y hacerlo notable. En la última época redactaba sólo dos números semanales de dicho diario. "Con éstos fundé un órgano de publicidad especial para la instrucción", nos dice Vargas Valdés, que era entonces Director de Instrucción Pública del Estado de Boyacá.

La anterior no es más que una lista de los periódicos que fundó y redactó o en que tuvo participación muy considerable. Contribuyó además a sostener periódicos fundados por otros en Tunja, en Bogotá y en otras ciudades. Más que periodista de profesión, fué estimulador de la prensa como medio de información democrática y de coordinación y acercamiento de las distintas regiones del Estado de Boyacá y de éste con la nación. Trabajó desde la prensa por el progreso del Estado; estimuló la instrucción pública en todos sus ramos, como no se había hecho hasta entonces; abogó por la pureza del sufragio, por la justicia en los tribunales, por el mejoramiento y la reforma del sistema penal, por la protección de los niños desamparados. Por falta de respaldo unas veces, por apatía, por indiferencia del público en lo tocante al progreso general del Estado, por odios personales y por envidia, no le fué posible convertir sus ingentes es-

fuerzos en instituciones de valor permanente en todos los casos, pero marcó nuevos rumbos a la prensa y demás instituciones democráticas. El no cosechó más que pérdidas y odios de las camarillas.

4. *El educador*

Otro de sus desvelos fué la Instrucción Pública. Estaba plenamente convencido de que un pueblo ignorante es incapaz de sostener y defender las instituciones democráticas que se hayan creado para su propio bien. Urgía, pues, implantar un vasto sistema de educación democrática. Fundar escuelas, preparar maestros, independizar la enseñanza de la política y del monopolio eclesiástico; éste fué a grandes rasgos el programa que él quiso desarrollar en el Estado de Boyacá.

El alcance de su labor como educador queda bien sintetizado en estas sencillas, pero elocuentes palabras pronunciadas ante su tumba por el doctor Samuel Bernal, en representación de la juventud liberal:

Entre nosotros pocos habrá que no hayan tenido el honor de ser sus discípulos, que no hayan oído aquella voz vibrante y elocuente para decir la verdad, y nadie que no reconozca el anhelo con que trabajó en favor de la instrucción pública.³

Actuó como profesor y rector de varios colegios, en particular del Colegio de Boyacá, donde años antes él también había estudiado. Modernizó el edificio de este Colegio y luchó con la Asamblea para obtener los fondos necesarios. Estableció gabinetes de ciencias, que no existían. Solicitó la cooperación de los habitantes de Tunja para fundar una biblioteca pública en el Colegio. Logró llamar la atención del público y despertar su interés por las actividades del plantel. Reformó los anticuados métodos de enseñanza. Estimuló a los profesores a dictar conferencias públicas sobre temas de interés general y él mismo dió el ejemplo, con una serie de conferencias históricas y científicas. Finalmente, solicitó y obtuvo la aprobación de la Asamblea para erigir el Colegio en Universidad, con el propósito de establecer un verdadero centro de altos estudios donde pudieran educarse adecuadamente los jóvenes del Estado.

Como Director de Instrucción Pública del Estado de Boyacá, una de sus más eficaces labores fué la de impulsar la instrucción pri-

maria urbana y rural, tan descuidada hasta entonces. Preparó un notable *Decreto orgánico de la Instrucción Primaria*, que luego se tuvo en cuenta al prepararse otro para toda la nación. "Me propuse —dice— darle vida por primera vez a ese cadáver vigente." En verdad, la instrucción pública primaria estaba muy abandonada en todas partes. Reformó el sistema correccional en las escuelas, tratando de evitar el encallecimiento moral del niño. Fundó una Sala de Asilo, en Tunja, para la protección y ayuda de los niños pobres y desamparados. "Un año la sostuve —dice—, entrando la caridad por casa, para hacerla y no para aprovecharla." Fundó, además, la Sociedad de Institutores, con el fin de que les sirviera de estímulo, apoyo y defensa mutuos. Alcanzó éxito completo. Empleó los dos números semanales de *El Boyacense* y *La Escuela y el Hogar*, periódicos arriba mencionados, para despertar el interés de la ciudadanía por la instrucción, para informar y mantener en contacto a los maestros del Estado, para estimular a éstos y a los estudiantes. Luchó a brazo partido contra la indiferencia secular y por independizar la enseñanza de la política y del monopolio eclesiástico.

Las siguientes palabras de un notable boyacense, el doctor Fortunato Salcedo, arrojan mucha luz sobre el alcance de su labor en este ramo:

Como Director de Instrucción Pública se consagró con excepcional entereza al desempeño del noble magisterio; supo reglamentar la enseñanza y darle tal ensanche, que en esa época, sin duda alguna, fué cuando la Instrucción Pública adquirió en Boyacá más brillo y estuvo a mayor altura. Especial atención prestó a la enseñanza rural, de tal manera que no había población, por insignificante que fuese, que no mantuviera dos escuelas rurales por lo menos, y como base indispensable de un aprendizaje superior. Mantenía correspondencia epistolar muy activa con sus inmediatos subalternos, con el exclusivo objeto de estimularlos al cumplimiento de sus deberes, bajo el aliciente de la doctrina y la simpatía, y sobre todo, por la ejemplaridad que ofrecía una conducta rigurosamente intachable. El reglamento que formuló y que fué perfeccionado gradualmente para metodizar la enseñanza, es monumento que honra su memoria. En una palabra, hizo del magisterio verdadero culto, ante el cual oficiaba con todas las fibras de su corazón y con todas las energías de su alma. ⁴

5. *El legislador*

El doctor Vargas Valdés se nos muestra ante todo un gran ciudadano, de modo que sus ambiciones se limitaron a servir a su patria, a su pueblo, a las instituciones federales, que concedían al ciudadano amplias garantías y libertades. Quiso hacer de las instituciones del Estado de Boyacá un modelo para el resto del país. Fué liberal y uno de los principales fundadores de *La Escuela Republicana*, "academia política" de la juventud que contribuyó poderosamente al establecimiento de la Federación en el país. No fué político en el sentido estrecho de la palabra. Jamás dió un solo paso para hacerse elegir a ningún puesto. Al contrario, en muchas ocasiones se negó a dejar que se lanzara su candidatura para diputado, representante, senador, presidente del Estado de Boyacá, etc. Con tan singular rectitud, con tal derroche de desprendimiento republicano, ha debido quedar anulado en la política, y sin embargo la voluntad popular lo elevó a distintos puestos de importancia, en todos los cuales trabajó honrada e incansablemente por el bien del pueblo. Luchador independiente, se convirtió en temible adversario de las camarillas y círculos explotadores de la República. No desdeñaba descender de representante al Congreso Nacional a diputado a la Asamblea del Estado: cualquier puesto ofrecía la oportunidad de servir al pueblo y a la patria. He aquí un rápido resumen de los cargos que ocupó:

Fué diputado a la Asamblea Constituyente del Estado de Santander; diputado a la Asamblea de la Provincia (luego Estado) de Cundinamarca; diputado repetidas veces a la Asamblea del Estado de Boyacá; Secretario del Poder Ejecutivo de dicho Estado; segundo designado a la Presidencia del mismo; consejero de Estado del Gobierno Nacional; representante al Congreso Nacional en varias ocasiones, algunas de ellas muy importantes y en que tuvo actuación sobresaliente; Secretario de Fomento en la administración Hurtado (1884); jefe único del Partido Liberal de Boyacá desde 1895 hasta su muerte, en 1899.

Vamos a destacar dos actuaciones suyas con el propósito de dar a conocer el temple y el desprendimiento político del doctor Vargas Valdés.

En el Congreso de 1867, él era copartidario y defensor de la política del Presidente Tomás Cipriano de Mosquera, hombre arbitrario, mandón, vanidoso, pero notable reformador. Vargas Valdés

dice que muchas notables reformas suyas se debieron más a su vanidad de mandatario que a clara inteligencia y conciencia democrática. Mosquera era temido de sus mismos copartidarios liberales, al punto de que la Convención Nacional que redactó la Constitución Federal de 1863, temerosa de que Mosquera, popularísimo héroe de la Revolución triunfante de 1860-62, dictador interino y único candidato posible para el período siguiente, tratara de hacerse dictador permanente, resolvió restringir el período presidencial a dos años, sin reelección inmediata, y reforzó esta medida con otra que imponía unanimidad de votos —uno por cada Estado— para la reforma de dicha Constitución. Estas dos medidas, que habían de producir luego innumerables discordias y violaciones de la Constitución, tenían como propósito casi exclusivo el evitar que el prestigioso Mosquera se afanzara en el poder y se convirtiera en dictador. Por el momento Mosquera se veía obligado a acatar la Constitución, razón de ser de la reciente revolución. En 1867, el popularísimo Mosquera era otra vez Presidente. El Congreso acababa de dictar una ley por la cual se vedaba la intervención del Gobierno Federal en las revueltas que surgieran dentro de los Estados. Al saber Mosquera que Vargas Valdés era de la Comisión del Congreso que debía informar sobre las observaciones hechas a la ley por el Ejecutivo, lo mandó llamar, y con muestras de gran deferencia para con él, le encareció la necesidad de sostener sus observaciones. Pocos, si alguno, de sus copartidarios habrían tenido el valor de oponerse al irascible mandón, pero Vargas Valdés le respondió secamente que informaría en contra. Así lo hizo y su informe obtuvo un resonante triunfo en el Congreso. Vargas Valdés se opuso firmemente a Mosquera, a pesar de ser su sostenedor en el Congreso, de tener gran admiración por las cualidades del mandatario y de haber recibido de él, según dice, una de las mayores muestras de distinción.

6. *Secretario de Fomento en la administración Hurtado*

Ya desde 1864 predicaba Vargas Valdés la necesidad de hacer serias reformas a la Constitución de 1863. Por las razones arriba indicadas fué imposible hacerle ninguna reforma durante su vigencia, pero de hecho quedó burlada por una serie de medidas de orden público, restándole autoridad. La situación de la nación iba agravándose cada vez más, hasta el punto de que muchos conductores libe-

rales se convencieron de la urgencia de reformar la Constitución. Un gran liberal amigo del doctor, decepcionado de su partido, resolvió hacerse conservador para ver si desde otro partido lograba llevar a cabo la reforma moral que el país necesitaba. Vargas Valdés censura dicho acto del modo siguiente:

El verdadero hombre de pensamiento y de conciencia no cambia, no fluctúa entre los medios que su pensamiento y su conciencia deben decirle que son iguales, por iguales causas de desmoralización. Ese hombre permanece quieto, y procura hacer el bien que le es dable, desde el medio en que exista, a ese medio y a los demás. Entra entonces una nueva fidelidad, no al medio infiel a los principios que proclama, sino a los principios, procurando su realización en el mismo medio en que las circunstancias lo hayan puesto. Tal ha sido, en semejantes épocas, la conducta de los hombres que se han distinguido por su probidad y su previsión. En estas épocas la tribuna para el bien social se halla en todas partes, porque en ninguna está mejor que en otra. Las apostasías y relajación de un partido se acusan mejor permaneciendo en él y echándole en cara desde sus mismas filas la falta de la práctica de sus ideas, que pasándose a otro igualmente apóstata y relajado, en el que tendría que presentar distinción igual de manejo particular, y tanto más si se considera que casi todo programa general de partido es en definitiva un buen programa, y que se ganaría mucho por todos con sólo darles efectividad en los hechos . . . La regeneración republicana supone el levantamiento de una tribuna sobre los partidos, y no el hundirse en ellos con ruidosas y ofensivas apostasías de partido.⁵

Otro de los hombres notables que venían predicando la reforma constitucional era el doctor Rafael Núñez, quien había sido Presidente de 1880 a 1882. En este período no trató de llevarla a cabo, pero elegido de nuevo para el de 1884 a 1886, se decía que entonces presionaría dicha reforma. Hallándose enfermo y ausente de la capital al comenzar el nuevo período, el doctor Núñez delegó en el general Ezequiel Hurtado la formación de su Gabinete, y por indicación de Núñez fué nombrado Vargas Valdés Secretario de Fomento. Este se encontraba entonces bastante alejado de la política y no quería aceptar el cargo, pero Hurtado insistió e insistió, diciéndole que el doctor Núñez había dictado el nombramiento. Vargas Valdés aceptó después de muchas dilaciones, posesionándose del cargo el 9 de mayo, siendo así que el período había comenzado el 1º de abril. Su nombramiento fué el único que recibió la aprobación unánime

del Senado.⁶ Como no sabía qué rumbo seguiría la política del doctor Núñez durante este período que probablemente había de ser decisivo para el país, Vargas Valdés oponía obstáculos a su nombramiento, con el objeto de mantener en todo momento su independencia de acción y no ser un simple instrumento en manos del Presidente.

Regresó a la capital el doctor Núñez el 28 de julio y Vargas Valdés fué nombrado para redactar la acostumbrada renuncia plural del Gabinete, con el propósito de dejar a Núñez en entera libertad de decidir la formación definitiva del mismo. Otra vez quiso Vargas Valdés evitar la más leve apariencia de adulación al mandatario para que se confirmara su nombramiento, llegando en su alejamiento hasta el extremo de no salir a encontrar al Presidente, ni siquiera ir a visitarlo. Quiso que, de ser nuevamente nombrado, lo fuera, no por sus insinuaciones ni acatamiento al mandatario, sino por considerarse esencial su participación en el Gobierno. Es muy humano que el doctor Núñez no lograra interpretar el verdadero significado de su aparente desaire. Hubo también alguna otra cosa. Días antes de posesionarse Núñez fueron citados los Secretarios de Hacienda y de Fomento por la Cámara de Representantes para informar acerca de cierto contrato sobre un ferrocarril que, por influencias del Presidente entrante, quería sustraerse a la aprobación del Congreso. El Secretario de Hacienda preguntó a Vargas Valdés si asistiría a la Cámara.

—No, no asistiré, le respondí; ya me parece inútil, en vísperas de salir del puesto.

—Entonces, volvió a preguntarme, ¿quiere darme autorización para manifestar que usted opina que basta la sanción del P. E.?

—No, tampoco; porque yo creo que es necesaria la aprobación del Congreso.

Angulo [el Secretario de Hacienda] se mostró disgustado, y la cosa no pasó adelante. O mejor dicho, pasó adelante ante el Presidente que al otro día debía posesionarse, y al que yo no había visitado, ni ido a encontrar.⁷

El doctor Núñez confirmó el nombramiento de cinco de los siete Secretarios de Estado, siendo uno de los dos excluidos el doctor Vargas Valdés. La noticia de su exclusión causó sensación en los círculos políticos y fué motivo de especulaciones de muy diversa índole, pues se apostaba que si alguno había de quedar en pie, sería sin duda

Vargas Valdés. Para entonces, éste ya se había ausentado de la capital. Sobre su "caída", Vargas Valdés guardó absoluto silencio.

¿Y la reforma? El doctor Núñez activó la política en tal sentido y la reforma se propuso al país. Desgraciadamente, vino a dificultar la tarea la revolución radical de 1885, en que el doctor Vargas Valdés se mantuvo al margen. Era evidente que Núñez no contaba con ambas fracciones del liberalismo —radicales e independientes— y aceptó el apoyo que le brindaba el conservatismo a buen precio: el poder para ese partido. Con dicha maniobra logró, no precisamente la reforma liberal que había predicado, sino una Constitución enteramente nueva y en todo opuesta al amplio espíritu democrático de la de 1863. La nación se transformó, con la Constitución de 1886, de federal en unitaria. Se reforzó demasiado el Poder Ejecutivo, a expensas del Legislativo y de los Estados. Estos quedaron convertidos en Departamentos regidos por gobernadores nombrados por el Presidente y amovibles a su arbitrio. Los gobernadores nombraban a los prefectos de las provincias en que se dividía cada Departamento, y éstos nombraban a los alcaldes de los municipios. De tal modo, el Presidente había de controlar al país con mano férrea. Se restringió la libertad de prensa, con lo que el Ejecutivo logró no sólo castigar los abusos de aquélla, sino también reducir al silencio a la oposición. Se prohibió la organización permanente de entidades políticas. Así cumplió el doctor Núñez sus sagrados compromisos para con el partido que por segunda vez lo había elevado al poder, en la confianza de que llevaría a cabo la reforma constitucional dentro del sistema federal. Y como consecuencia, cayó el liberalismo en un estado de lamentable postración y de adversidad política. ¿Presentiría el doctor Vargas Valdés desde 1884 el curso que habían de tomar los acontecimientos en manos del Presidente Núñez?

Pensando en la "reforma" llevada a cabo, dice el doctor Vargas Valdés:

Moralizar el gobierno: he aquí el todo de la moralización de la República; dar este ejemplo en el gobierno: que de él descendiera por fin el bien, ya que siempre ha descendido el mal. Salvar la cima culminante y visible para todos: no desterrar de ella la honradez ni aun con pretexto de la habilidad; presentar allí siquiera una que otra vez el ejemplo del sacrificio del gobernante por el bien del pueblo, por la realidad efectiva de algún deber, en vez de la costumbre de sacrificar al pueblo y los principios y el deber al provecho del gobernante y de su

círculo político convertido ya en su cómplice, puesto que en el gobierno la filiación política se convierte en delito. El atrevimiento de un ánimo fuerte por el corazón para mirar al fin de veras por la sociedad y la república en el poder, y aunque no fuera sino por cambiar de medios y probar la novedad; ésta era la obra magna, esto era lo difícil aquí. Variar en los códigos la república democrática perfecta por la república restringida, la federal por la central, y aun la forma popular por la monárquica, con tal de llamar república todo esto, he aquí lo fácil y aun trivial para cualquier audaz, y los ejemplos han venido en abundancia para demostrarlo en todas las infortunadas repúblicas en que se descompuso el vasto y sombrío mundo colonial español.

Con esto ciertamente no se evita el término catástrofe, ni se procura el término regeneración del acertado dilema aquí formulado para la República.⁸

Fué precisamente Núñez quien propuso años atrás, para la nación colombiana, el famoso dilema de "regeneración o catástrofe".

7. *El magistrado*

Aunque obtuvo su doctorado en derecho, apenas deja constancia de haber ejercido su profesión en una o dos ocasiones, a poco de haber obtenido el grado. Sentía repugnancia de mezclarse en asuntos con leguleyos y tinterillos. Ocupó, sin embargo, en diversas ocasiones, puestos en los tribunales y en la Corte del Estado de Boyacá. Sabemos que fué ministro de la Corte del Estado en 1862 y magistrado en el Tribunal en 1869 y 1870, cargos que desempeñó con escrupulosa honradez y laboriosidad, y desde los cuales luchó por urgentes reformas a los estatutos y códigos penales. A ellos se refiere muy de paso cuando escribe:

No hablo de mi inmensa labor como magistrado ahora en el Tribunal, antes en la Corte del Estado. Renuncié la magistratura por segunda vez, para entrar en la revolución (la de 1871). No se me admitió. Insistí.

El periódico radical de Bogotá *La Nueva Era*, No. 5 del 15 de diciembre de 1870, hace honrosísimas confesiones para mí atacándome. Esto es lo notable.⁹

En 1887, hallándose completamente alejado de la política, lo visitó el gobernador liberal del ahora Departamento de Boyacá, para instarlo a que aceptara un puesto en su administración. Tanto insis-

tió éste que, a pesar de las protestas y dilaciones intencionales de aquél, aun después de nombrado magistrado del Tribunal, se sintió obligado a aceptar el cargo. Fué elegido y reelegido presidente del Tribunal. Dirigió la fundación de *La Ley*, primer órgano de dicha corporación. Trabajó asiduamente y obtuvo importantes reformas en la administración de la justicia y en el nombramiento de jueces. Según la Constitución Nacional de 1886, el cargo que desempeñaba era vitalicio y bien remunerado, pero dándose cuenta de que sus propios principios políticos y morales estaban sacrificándose ante la opinión por la llamada "regeneración" clerical, se sintió avergonzado ante sí mismo al "verse enrolado en el personal de empleados que quedaban aplaudiendo eso para sacar de su aplauso su medro y hasta su subsistencia", aunque su actuación independiente y honrada estaba muy lejos de ser aplauso al Gobierno Nacional, y sí, con frecuencia, de abierta oposición. Al cumplirse el año renunció "seca e irrevocablemente . . . para retirarme a la escasez y sus martirios, que duran todavía y prometen ser los verdaderamente vitalicios".¹⁰ Su renuncia, lacónica y terminante, en que no se aducían otras razones que su voluntad de separarse del cargo, se le aceptó por el Presidente de la República "por las razones en que la funda", según asentaba la comunicación oficial. "Lo que yo había querido hacer notable —dice Vargas Valdés—, no sin objeto moral, fué lo que quedó sacrificado bajo el augusto solio."¹¹ Como era de esperarse, en el medio deprimido en que actuaba el doctor Vargas Valdés nadie alcanzó a comprender el alcance moral de su renuncia, de su sacrificio, último eslabón de la serie de dimisiones con que quiso dar ejemplo de honradez y desprendimiento republicanos a sus conciudadanos.

8. Jefe del Partido Liberal de Boyacá



Muy poco sabemos de sus actividades políticas en los años siguientes a su renuncia de la magistratura, pero parece que permaneció al margen de los acontecimientos por voluntad propia. Retirado en su quinta de "La Tenería", en las afueras de Tunja, dedicó largas horas al estudio, a la meditación y a sus manuscritos.

La suerte del Partido Liberal iba empeorando y la opresión del partido de gobierno se hacía cada vez más intolerable. En 1895 ocurrió un levantamiento liberal de corta duración, pero de consecuencias funestas para sí. El Gobierno, temeroso de que pudiera repetirse

el alzamiento, gobernó con mano fuerte, manteniendo postrado a su adversario político. Fué en medio de esta situación angustiosa del Partido Liberal cuando se llamó al doctor Vargas Valdés a dirigir sus destinos en el Departamento de Boyacá. Ocupó dicho cargo hasta su muerte, ocurrida en Tunja el 5 de marzo de 1899. Lo delicado de su misión y las dificultades por que pasó el Partido durante esos años pueden conjeturarse al saber que cinco meses después de su muerte se desencadenó la revolución más violenta que haya sufrido el país — la revolución de “los mil días”.

Para destacar su actuación como jefe de partido, citemos a algunos de sus contemporáneos. Dice el señor Fortunato Salcedo:

Como Jefe del Partido Liberal en el Departamento, llenó su misión de una manera plausible a todas luces; y consecuente siempre con las sabias y prudentes tendencias de la Dirección General, supo darle al Partido una organización sin deprimir en nada la individual iniciativa; obedeció e hizo obedecer la verdadera disciplina doctrinaria. El modo como consideró el señor doctor Vargas a la oposición que se formó a la Dirección General, fué tan cuerdo y tan bien aceptado por ambos contendores, que tan luego como llegó a Bogotá, a donde se encaminó en busca de una reparación a su quebrantada salud, un notable personaje de los de la oposición se dirigió a él y le suplicó, en nombre de sus compañeros, se dignase aceptar la Dirección General del Partido, conocida como estaba ya la resolución que tenía el doctor Parra de separarse del puesto. Mereció, pues, la confianza general, y éste es timbre de inapreciable valor... Y ¡cosa rara! pocos días antes de rendir su preciosa existencia, el señor doctor Vargas agotó las generosas pulsaciones de su corazón y las agitaciones de su gran cerebro en eficaz servicio de la causa.¹²

El señor Eustorgio Machado, de Tunja, resume muy bien su política de oposición:

Sus mayores esfuerzos no fueron dirigidos al bien de un partido, sino a la humanidad; sus más acerbas censuras no fueron para vulgares adversarios, sino para las corrompidas prácticas del siglo; ni fué objeto de sus ataques una parcialidad política, sino el desgobierno, el peculado y la infamia; abogó más por las prácticas republicanas que por prerrogativas de su Partido, lo que le granjeó el reconocimiento unánime de amigos y adversarios.¹³

Un eco distante y particularmente apreciable viene desde la capital de Antioquia, donde el muy notable periodista señor Fidel Cano comenta en su periódico *El Espectador*, de fecha 11 de marzo de 1899:

El señor doctor Vargas encaneció sirviendo a la República y a la causa liberal, con tanta rectitud e inteligencia, con tan nobles miras y corazón tan patriota, que ha merecido se le llame desde el campo conservador republicano "uno de los más dignos, puros y hábiles jefes del Partido Liberal colombiano".

La muerte del doctor Vargas Valdés constituyó motivo de duelo en todo el Departamento de Boyacá y en la nación. Tanto conservadores como liberales expresaron su profundo sentimiento por la desaparición de tan ejemplar ciudadano. Se decretaron honores a su memoria, tales como la erección de un monumento en Tunja y la publicación de sus obras por subscripción pública. Antes de que pudieran realizarse estas medidas, se desató una catastrófica guerra civil que duró tres años, quedando derrotado y abatido el liberalismo. El porvenir del Partido Liberal era bien triste. Ya no se pudo pensar en erigir monumentos a la memoria de Vargas Valdés, ni mucho menos en publicar sus obras. El tiempo se ha encargado de ir borrando el recuerdo de la obra realizada por tan gran patriota. Sólo con la publicación de sus manuscritos y de una biografía completa del autor podrán las generaciones venideras apreciar la vida, la obra y el pensamiento de uno de los más nobles y más grandes hombres de América.

En esta primera parte nos hemos limitado a hacer una somera reseña de su participación en la creación y el desarrollo de la república democrática en Colombia. Quedan por estudiarse el desarrollo de su pensamiento moral y filosófico y sus numerosos manuscritos.

ANÍBAL VARGAS BARÓN,
University of Oregon.

NOTAS

Las citas de la obra de Vargas Valdés se refieren a sus manuscritos.

- 1 Vargas Valdés, J. J., *Memorias del Colegio de Boyacá*, 2.
- 2 *Ibid.*, 6.
- 3 *Corona fúnebre del doctor José Joaquín Vargas*, 18. Tunja: *La Crónica*, 1899.
- 4 *Ibid.*, 18.
- 5 Vargas Valdés, J. J., *La práctica de la República en Sur América*, 163-165.
- 6 *Diario Oficial*, No. 6050, de 18 de abril de 1884.
- 7 Vargas Valdés, J. J., *Trabajo*, 27.
- 8 *Ibid.*, *La práctica de la República en Sur América*, 185, 186.
- 9 *Ibid.*, *Trabajo*, 16.
- 10 *Ibid.*, *ibid.*, 29.
- 11 *Ibid.*, *ibid.*, 29.
- 12 *Corona fúnebre del doctor José Joaquín Vargas*, 37, 38.
- 13 *Ibid.*, 41.